

Mesías de Dune

Frank Herbert

Traducción:
Juan José Llanos Collado



Título original: *Dune Messiah*
Primera edición

© Frank Herbert, 1969

Ilustración de cubierta: Opalworks

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-681-0 Depósito legal: B-XXXXXXX

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 5

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Prólogo

El destino de Dune

Dune es el planeta Arrakis, un mundo árido con grandes desiertos en el que la vida subsiste contra todo pronóstico. Los seminómadas fremen de Dune han basado sus costumbres en la falta de agua y hacen frente a los desiertos con destiltrajes que recuperan toda la humedad. Los gigantescos gusanos de arena y las violentas tormentas representan una constante amenaza para ellos. El único recurso de Dune es la melange, una sustancia adictiva producida por los gusanos. Esta «especia» prolonga la vida y proporciona a los iniciados ciertas habilidades para predecir el futuro.

Paul Atreides era el hijo del gobernante de Dune. Cuando su padre fue asesinado en el transcurso de una guerra contra la aristocracia Harkonnen, Paul se refugió en el desierto con su madre, la dama Jessica, que en ese momento estaba embarazada. Era una adepta adiestrada por la Bene Gesserit, una orden de mujeres dedicadas a las artes mentales y al control de las líneas genéticas. Afirmaban que Paul descendía de un linaje que resultaría en un *kwisatz haderach*, el mesías del futuro.

Duncan Idaho murió para salvarlos. Paul se ganó con grandes esfuerzos la aceptación de los fremen y hasta aprendió a controlar a los gusanos de arena y cabalgar en ellos. En uno de sus rituales

ingirió una dosis masiva de drogas que le provocó un cambio permanente, proporcionándole una visión plena del futuro... o futuros. Su madre también ingirió la droga, intentando controlarla mediante los métodos de la Bene Gesserit. A consecuencia de ello, Alia, la hermana de Paul, adquirió los conocimientos de su madre mientras aún estaba en el útero, y nació siendo plenamente cognoscente.

Con el tiempo los fremen aceptaron el liderazgo de Paul, que tomó como compañera a Chani, una muchacha fremen, y adoptó casi todas sus costumbres. Pero su mente Atreides había sido adiestrada en disciplinas desconocidas para los fremen y les proporcionó una organización y un cometido de los que habían carecido hasta entonces. Asimismo se propuso cambiar el clima de Dune para proveer de agua al planeta.

Antes de que llevara a cabo sus planes los Harkonnen atacaron de nuevo Dune y la capital del planeta, Arrakeen. A pesar de sus supuestamente invencibles soldados sardaukar, las huestes fremen de Paul derrotaron al enemigo en una encarnizada batalla.

A continuación Paul impuso un tratado que le otorgó una base de poder con la que forjaría un imperio estelar. Además tomó como consorte a la heredera del imperio, la princesa Irulan, aunque se negó a consumar el matrimonio con ella y se mantuvo fiel a Chani.

Fundó su imperio en el transcurso de los doce años siguientes. Pero ahora los antiguos grupos de poder están empezando a unirse para conspirar contra él y contra la leyenda de Muad'Dib, tal como se lo conoce.

El emperador mentat Paul Muad'Dib y su hermana Alia están envueltos en una mitología tan rica que es difícil entrever a las verdaderas personas que hay tras esos velos. Pero después de todo nacieron un hombre llamado Paul Atreides y una mujer llamada Alia. Su carne se hallaba sometida al tiempo y el espacio. Y descendían de un linaje humano, aunque debido a sus habilidades proféticas hubieran rebasado los límites acostumbrados del tiempo y el espacio. Les ocurrieron acontecimientos reales que dejaron huellas reales en un universo real. Para comprenderlos hemos de tener en cuenta que su desgracia lo fue asimismo de toda la humanidad. Así pues, esta obra no está dedicada a Muad'Dib ni a su hermana, sino a los herederos de ambos: a todos nosotros.

—Dedicatoria del Concordato de Muad'Dib, transcrita de la Tabla Memorium del Culto del espíritu Mahdi

El imperio de Muad'Dib ha generado más historiadores que ninguna otra época de la historia humana. La mayoría sostienen un punto de vista definido, celoso y sectario, pero resulta sintomático el extraordinario impacto de este hombre que ha suscitado tantas pasiones en mundos tan diversos.

Por supuesto, reunía los ingredientes de la historia, tanto ideal como idealizada. Paul Atreides nació en el seno de una antigua gran familia y fue meticulosamente adiestrado por su madre, la dama Jessica, en la disciplina prana-bindu de la Bene Gesserit;

gracias a ello controlaba perfectamente sus músculos y sus nervios. Pero además era un mentat; estaba dotado de un intelecto cuyas capacidades sobrepasaban las de los ordenadores mecánicos de los antiguos, sobre los que pesaba una prohibición religiosa.

Por encima de todo, Muad'Dib era el kwisatz haderach que el programa de apareamiento de la hermandad ambicionaba desde hacía miles de generaciones.

Así pues, el kwisatz haderach, el hombre que podía estar «en muchos sitios al mismo tiempo», el profeta mediante el que la Bene Gesserit confiaba en controlar el destino de la humanidad, se convirtió en el emperador Muad'Dib y contrajo un matrimonio de conveniencia con la hija del emperador Padishah, al que había derrotado.

Pensad en la paradoja, en el fracaso implícito en este momento, pues a buen seguro habéis leído otros libros de historia y conocéis los hechos superficialmente. En efecto, los indómitos fremen de Muad'Dib habían vencido al emperador Padishah Shaddam IV. Habían aplastado a las legiones sardaukar, la alianza de las Grandes Casas, los ejércitos Harkonnen y los mercenarios contratados con los fondos que el Landsraad había destinado a tal efecto. Muad'Dib había doblegado a la Cofradía Espacial y había elevado a su hermana Alia al trono religioso que la Bene Gesserit consideraba propio.

Había hecho todo eso y más.

Los misioneros del *quizarato* de Muad'Dib llevaron la guerra santa por el espacio en una yihad cuyo apogeo apenas duró doce años estándar, aunque durante ese periodo el colonialismo religioso sometió a prácticamente todo el universo humano bajo un gobierno único.

Muad'Dib lo hizo porque al apoderarse de Arrakis, el planeta comúnmente conocido como Dune, había obtenido el monopolio sobre la moneda de cambio definitiva del reino: la especia geriátrica melange, el veneno que daba vida.

Aquí tenemos otro ingrediente de la historia ideal: una materia cuya química psíquica desenmarañaba el tiempo. Sin melange las reverendas madres de la hermandad no podían llevar a cabo sus hazañas de observación y control sobre los humanos. Sin melange los navegantes de la Cofradía no podían atravesar el espacio. Sin melange el síndrome de abstinencia habría causado la muerte de billones y billones de súbditos del imperio.

Sin melange Paul-Muad'Dib no podía realizar profecías.

Sabemos que este momento de poder supremo albergaba el germen del fracaso. Solo puede haber una respuesta: que las predicciones completamente precisas y totales son letales.

Otros libros de historia afirman que Muad'Dib fue derrotado por los conspiradores obvios: la Cofradía, la hermandad Bene Gesserit y los amorales científicos de la Bene Tleilax con sus disfraces de danzarines rostros. Otras historias señalan a los espías de la Casa de Muad'Dib y conceden mucha importancia al tarot de Dune, que había nublado sus poderes proféticos. Algunos demuestran que se había visto obligado a aceptar los servicios de un ghola, cuya carne había regresado de entre los muertos y había sido entrenada para destruirlo. Pero sin duda saben que se trataba de Duncan Idaho, el teniente de los Atreides que había perecido al salvarle la vida al joven Paul.

Sin embargo esbozan las maquinaciones del quizarato que lideraba Korba el Panegirista. Nos explican paso a paso el plan de Korba para convertir a Muad'Dib en un mártir y culpar a Chani, la concubina fremen.

¿Cómo justifica eso los acontecimientos tal como los ha revelado la historia? Es imposible. Solo la naturaleza mortífera de la profecía puede esclarecer el fracaso de un poder tan grandioso y de miras tan amplias.

Esperemos que otros historiadores aprendan algo de esta revelación.

—*Análisis de la historia: Muad'Dib*, de Bronso de Ix

No existe separación alguna entre los dioses y los hombres;
los unos se funden apaciblemente con los otros.

—*Proverbios de Muad'Dib*

Aunque estaban tramando una confabulación homicida, la tristeza y la compasión teñían con insistencia los pensamientos de Scytale, el danzarín rostro tleilaxu.

Me arrepentiré de causarle la muerte y la desgracia a Muad'Dib,
se repetía.

Le ocultaba cuidadosamente aquella benevolencia a los restantes conspiradores, pero aquellos sentimientos le indicaban que le resultaba más sencillo identificarse con la víctima que con los atacantes, una característica propia de los tleilaxu.

Scytale guardaba un confuso silencio y se mantenía un tanto apartado de los demás. La discusión referente al veneno psíquico se había prolongado durante algún tiempo. Era apasionada y vehemente, pero, no obstante, cortés, con aquella compulsión ciega que siempre adoptaban los adeptos de las grandes escuelas en las cuestiones relativas a sus dogmas.

—¡Cuando creáis que lo habéis ensartado descubriréis que está ileso!

Era Gaius Helen Mohiam, la reverenda madre de la Bene Gesserit que había hecho las veces de anfitriona en Wallach IX. Era una figura esquelética ataviada con una túnica negra, una vieja bruja que había tomado asiento en una silla flotante a la izquierda de Scytale. Se había quitado la capucha *aba* descubrien-

do una cara apergaminada bajo el cabello plateado. Sus ojos hundidos en profundas cuencas los contemplaban desde sus facciones de máscara funeraria.

Se estaban comunicando en un dialecto mirabhasa, una combinación de vocales yuxtapuestas y consonantes palatales perfeccionadas. Se trataba de un medio de transmisión de delicadas sutilezas emocionales. Edric, el navegante de la Cofradía, contestó a la reverenda madre con una burla que albergaba una reverencia hablada; una encantadora muestra de desdeñosa cortesía.

Scytale observó al emisario de la Cofradía. Edric estaba flotando en un contenedor de gas anaranjado a escasos pasos de distancia. El contenedor descansaba en el centro de la cúpula transparente que la Bene Gesserit había edificado para aquel encuentro. El emisario presentaba una figura elongada y vagamente humanoide, con aletas en los pies y grandes manos palmeadas; un pez en un mar extraño. Las válvulas del tanque emitían una fina nube naranja impregnada del olor de la melange, la especia geriátrica.

—¡Si seguimos así moriremos de estupidez!

Era la cuarta persona presente, la conspiradora en potencia: la princesa Irulan, la esposa (aunque no la compañera, se recordó Scytale) de su enemigo común. Se hallaba junto a una de las aristas del tanque de Edric; era una belleza alta y rubia que llevaba una espléndida túnica de piel de ballena azul y un sombrero a juego. Lucía brillantes pendientes dorados en las orejas. Tenía el porte de una aristócrata, pero había algo en sus rasgos absortos y delicados que delataba los condicionamientos del adiestramiento Bene Gesserit que había recibido.

La mente de Scytale pasó de los matices del lenguaje y los rostros a los del entorno. Alrededor de la cúpula había colinas salpicadas de nieve fundida, en las que se reflejaba el azul húmedo y moteado del pequeño sol blanco azulado suspendido sobre el meridiano.

¿Por qué este sitio en concreto?, reflexionó Scytale. La Bene Gesserit no solía hacer nada a la ligera. Por ejemplo, el plano abierto de la cúpula: un espacio más convencional y reducido podría haberle provocado un claustrofóbico nerviosismo al emisario de la Cofradía. Las inhibiciones de su psique se debían al hecho de que había nacido y vivido en el espacio abierto extraplanetario.

Pero que la hubieran construido especialmente para él... apuntaba claramente su debilidad.

¿Qué habrá para mí en este sitio?, se preguntó Scytale.

—¿No tienes nada que decir, Scytale?—quiso saber la reverenda madre.

—¿Deseas arrastrarme a esta necia discusión? —preguntó Scytale—. Muy bien. Nos enfrentamos a un mesías en potencia. No podemos atacarlo frontalmente. El martirio acabaría con nosotros.

Los demás lo miraron fijamente.

—¿Acaso crees que ese es el único peligro que corremos?—replicó la reverenda madre, resollando.

Scytale se encogió de hombros. Había adoptado una apariencia anodina para aquel encuentro, una cara redonda con rasgos afables y labios carnosos y exánimes y el cuerpo de una masa abotargada. Ahora se le ocurrió, mientras escrutaba a los restantes conspiradores, que había hecho una elección idónea, tal vez instintivamente. Era el único miembro del grupo que podía manipular la apariencia de la carne entre un amplio espectro de facciones y formas corporales. Era un camaleón humano, un danzarín rostro, y la forma que había adoptado invitaba a que lo juzgasen con demasiada indulgencia.

—¿Y bien? —insistió la reverenda madre.

—Estaba disfrutando del silencio —dijo Scytale—. Es mejor que no manifestemos nuestras hostilidades.

La reverenda madre se echó hacia atrás y Scytale advirtió que estaba recapacitando. Todas ellas eran el resultado de un meticu-

loso adiestramiento prana-bindu y poseían un control sobre sus músculos y sus nervios que estaba al alcance de pocos seres humanos. Pero Scytale, que era un danzarín rostro, estaba dotado de músculos y conexiones nerviosas que los demás ni siquiera tenían, así como de una extraordinaria cualidad de *sympatico*, una perspicacia mimética que le permitía adoptar la psique de otro además de su apariencia.

Scytale le concedió el tiempo suficiente para meditar y exclamó:
—¡Veneno!

Pronunció aquella palabra con un atonalismo que indicaba que era el único de los presentes que comprendía su significado secreto.

El emisario de la Cofradía se agitó y sus palabras resonaron desde el reluciente globo parlante que describía una órbita sobre Irulan en una de las aristas del tanque.

—Estamos hablando de veneno psíquico, no físico.

Scytale se rió. La risa mirabhasa podía desollar a un oponente y Scytale no se reprimió lo más mínimo.

Irulan sonrió con aire apreciativo, pero la expresión de los ojos de la reverenda madre traslucía un atisbo de furia.

—¡Ya basta! —exclamó ásperamente Mohiam.

Scytale obedeció, pero ahora le estaban prestando atención: Edric, presa de una furia silenciosa; la reverenda madre, atenta a pesar de la cólera, y la princesa Irulan, divertida pero perpleja.

—Nuestro amigo Edric está sugiriendo —dijo Scytale— que un par de brujas Bene Gesserit, adiestradas en tantas sutilezas, no conocen los verdaderos usos del engaño.

Mohiam se volvió para contemplar las frías colinas de su planeta natal Bene Gesserit. Scytale advirtió que estaba empezando a darse cuenta de lo más importante. Eso era bueno. Irulan, sin embargo, era otra cuestión.

—¿Eres uno de nosotros o no, Scytale? —le preguntó Edric, que lo miraba con ojillos de roedor.

—No se trata de mi lealtad —repuso Scytale, dirigiendo su atención a Irulan—. Os estaréis preguntando, princesa, si para esto habéis recorrido tantos parsecs y habéis asumido tantos riesgos.

Ella asintió.

—¿Ha sido para intercambiar banalidades con un pez humanoide o para discutir con un orondo danzarín rostro tleilaxu? —insistió Scytale.

Edric aprovechó aquella ocasión para meterse una píldora de melange en la boca. Comía la especia, la inhalaba y sin duda la bebía, se dijo Scytale. Era comprensible, pues la especia intensificaba la presciencia de los navegantes, de modo que estos fueran capaces de pilotar los cruceros de la Cofradía a través del espacio a velocidades superlumínicas. Gracias a la conciencia que les confería la especia descubrían la línea del futuro de la nave, que sorteaba los peligros. Ahora Edric barruntaba un peligro de otra clase, pero tal vez no acertara a precisarlo con la ayuda de la presciencia.

—Me parece que me he equivocado al venir —dijo Irulan.

La reverenda madre se volvió y abrió y cerró los ojos; un curioso gesto ofidio.

Scytale apartó la vista de Irulan para volverse hacia el tanque, invitando a la princesa a compartir su perspectiva. Sabía que Edric le parecería una figura repelente: la mirada atrevida, los pies y las manos monstruosas, que se movían suavemente en el gas, y los remolinos de humo anaranjado que lo rodeaban. Se preguntaría cuáles eran sus costumbres sexuales y pensaría en lo extraño que sería aparearse con una criatura semejante. Hasta el generador de campo de fuerza que recreaba la ingravidez del espacio lo alejaba de ella en ese momento.

—Princesa —dijo Scytale—, gracias a la presencia de Edric, la visión profética de vuestro marido no puede descubrir ciertos incidentes, incluyendo este... presumiblemente.

—Presumiblemente —apuntó Irulan.

La reverenda madre asintió con los ojos cerrados.

—Ni siquiera los iniciados comprenden el fenómeno de la presciencia como es debido —observó.

—Yo soy un navegante de la Cofradía y tengo ese poder —repuso Edric.

La reverenda madre abrió de nuevo los ojos. En esta ocasión miró al danzarín rostro, escrutándolo con la intensidad característica de las Bene Gesserit. Estaba sopesando hasta el último detalle.

—No, reverenda madre —murmuró Scytale—. No soy tan ingenuo como parece.

—No comprendemos el poder de la segunda vista —admitió Irulan—. Bien dicho. Edric afirma que mi esposo no puede ver, saber ni predecir lo que ocurre en la esfera de la influencia de un navegante. Pero ¿hasta dónde se extiende esa influencia?

—En el universo hay personas y cosas que solo conozco a través de sus efectos —contestó Edric, formando una fina línea con su boca de pez—. Sé que han estado aquí... y allá... en alguna parte. Así como las criaturas marinas agitan las corrientes a su paso, los prescientes agitan el tiempo. He visto dónde ha estado vuestro marido, aunque nunca lo haya visto a él ni a las personas que comparten sinceramente sus objetivos y sus lealtades. Ese es el camuflaje que proporcionan los iniciados a quienes les pertenecen.

—Irulan no te pertenece —objetó Scytale. Y miró de soslayo a la princesa.

—Todos sabemos por qué la conspiración solo se lleva a cabo en mi presencia —replicó Edric.

Empleando el modo que se empleaba para describir a las máquinas, Irulan comentó:

—Según parece, tienes tus usos.

Ahora lo ve tal como es, pensó Scytale. ¡Bien!

—El futuro es algo que hay que moldear —dijo Scytale—. Recordadlo, princesa.

Irulan observó al danzarín rostro.

—Las personas que comparten los objetivos y las lealtades de Paul —repitió—. En ese caso, oculta bajo su manto a ciertos legionarios fremen. He visto que realizaba predicciones para ellos y que prorrumpián en vítores de alabanza a su Mahdi, su Muad'Dib.

Se ha dado cuenta, reflexionó Scytale, de que la estamos juzgando, de que aún debemos emitir un juicio que puede preservarla o destruirla. Ha visto la trampa que le hemos tendido.

Scytale sostuvo brevemente la mirada de la reverenda madre y experimentó la extraña comprensión de que ambos habían pensado lo mismo sobre Irulan. La Bene Gesserit había informado a la princesa y la había aleccionado en la mentira *adroit*, por supuesto. Pero siempre llegaba un momento en el que las Bene Gesserit debían confiar en su adiestramiento y sus instintos.

—Princesa, yo sé qué es lo que más deseáis del emperador —dijo Edric.

—¿Hay alguien que no lo sepa? —replicó Irulan.

—Deseáis ser la madre fundadora de una dinastía real —prosiguió Edric, como si no la hubiese oído—. Eso no ocurrirá a menos que os unáis a nosotros. Aceptad mi palabra profética. El emperador os desposó por motivos políticos, pero jamás compartiréis su cama.

—De modo que el oráculo es también un mirón —se burló Irulan.

—¡El emperador está más casado con su concubina fremen que con vos! —le espetó Edric.

—Pero ella no le ha dado un heredero —observó Irulan.

—La razón es la primera víctima de las emociones —murmuró Scytale. Percibió la cólera desbordante de Irulan y advirtió que aquella admonición surtía efecto.

—Ella no le ha dado un heredero —dijo Irulan, cuyo tono manifestaba una calma controlada— porque le estoy administrando un anticonceptivo en secreto. ¿Es eso lo que queráis que admitiera?

—El emperador no debe descubrirlo —comentó Edric con una sonrisa.

—Le he preparado mentiras —contestó Irulan—. Puede que tenga el sentido de la verdad, pero algunas mentiras son más fáciles de creer que la verdad.

—Debéis elegir, princesa —dijo Scytale—, pero tenéis que entender qué es lo que os está protegiendo.

—Paul es bueno conmigo —dijo ella—. Me ha otorgado un puesto en el consejo.

—En los doce años que habéis sido la princesa consorte —le preguntó Edric—, ¿os ha dado la menor muestra de afecto?

Irulan meneó la cabeza.

—Derrocó a vuestro padre con sus infames hordas fremen y se casó con vos para asegurarse el derecho al trono, pero no os ha coronado emperatriz —añadió Edric.

—Edric intenta persuadiros mediante las emociones, princesa —intervino Scytale—. ¿A que es interesante?

Irulan se volvió hacia el danzarín rostro, vio la sonrisa insolente en sus facciones y contestó enarcando las cejas. Scytale comprendió que ahora era plenamente consciente de que si abandonaba aquella conferencia bajo el influjo de Edric, como otro miembro de la conspiración, podría ocultarle aquellos momentos a la visión profética de Paul. Pero si no se involucraba en ella...

—¿No os parece, princesa —le preguntó Scytale—, que Edric ejerce una influencia impropia en esta confabulación?

—Ya he accedido a someterme al juicio más acertado que se proponga en los consejos —dijo Edric.

—¿Y quién decide cuál es el juicio más acertado? —se interesó Scytale.

—¿Es que quieres que la princesa se marche sin unirse a nosotros? —le preguntó Edric.

—Quiere que su compromiso sea sincero —gruñó la reverenda madre—. No debe haber engaños entre nosotros.

Scytale observó que Irulan se había tranquilizado y había adoptado una postura reflexiva, ocultando las manos en las mangas de la túnica. Estaría meditando sobre el cebo que le había ofrecido Edric: ¡fundar una dinastía real! Se estaría preguntando qué habían tramado los conspiradores para protegerse de ella. Estaría sopesando muchas cosas.

—Scytale —dijo Irulan al poco—, dicen que los tleilaxu tenéis un sentido del honor extraño: que vuestras víctimas siempre han de tener una forma de salvarse.

—Otra cosa es que den con ella —asintió Scytale.

—¿Yo soy una víctima? —preguntó Irulan.

Scytale prorrumpió en una carcajada.

La reverenda madre resopló.

—Princesa —dijo Edric, empleando un tono suavemente persuasivo—, ya sois una de los nuestros, no temáis. ¿Acaso no espíais a la casa imperial para vuestras superiores de la Bene Gesserit?

—Paul sabe que informo a mis maestras —protestó Irulan.

—Pero ¿acaso no les proporcionáis materiales para que lleven a cabo una enérgica propaganda contra vuestro emperador? —insistió Edric.

No «nuestro» emperador, observó Scytale. «Vuestro» emperador. Irulan es demasiado Bene Gesserit para haber pasado por alto ese desliz.

—Se trata de una cuestión de poderes y de cómo pueden emplearse —prosiguió Scytale, acercándose al tanque del emisario—. Los tleilaxu creemos que lo único que existe en el universo es el apetito insaciable de la materia y que la energía es lo único verdaderamente tangible. Y la energía aprende. Oídme bien, princesa: la energía aprende. Eso es lo que llamamos poder.

—Todavía no me habéis convencido de que podemos derrotar al emperador —observó Irulan.

—Ni siquiera nos hemos convencido a nosotros mismos —replicó Scytale.

—En cuanto nos damos la vuelta —dijo Irulan— hemos de hacer frente a sus poderes. Es el kwisatz haderach, el que puede estar en muchos sitios al mismo tiempo. Es el Mahdi, cuyo menor capricho es una orden terminante para los misioneros del quizarato. Es el mentat, cuya mente computacional sobrepasa a los mejores ordenadores de los antiguos. Es Muad'Dib, el que ordena a las legiones fremen que aniquilen planetas enteros. Tiene visión profética y ve el futuro. Posee un patrón genético que las Bene Gesserit hemos ambicionado desde...

—Ya conocemos sus atributos —la interrumpió la reverenda madre—. Y sabemos que la abominación, su hermana Alia, posee el mismo patrón genético. Pero también son humanos, los dos. Por lo tanto tienen debilidades.

—¿Y dónde se encuentran esas debilidades humanas? —le preguntó el danzarín rostro—. ¿Hemos de buscarlas en el brazo religioso de la yihad? ¿Es posible volver a los quizaros en contra del emperador? ¿Qué pasa con la autoridad civil de las Grandes Casas? ¿Qué puede hacer el congreso del Landsraad sino presentar una queja verbal?

—Yo sugiero a la Combine Honnete Ober Advancer Mercantiles —intervino Edric, volviéndose dentro del tanque—. La CHOAM es una empresa y las empresas siempre ambicionan beneficios.

—O tal vez la madre del emperador —propuso Scytale—. Según tengo entendido, la dama Jessica sigue en Caladan, pero se comunica con frecuencia con su hijo.

—Esa perra traidora —masculló Mohiam con tono sereno—. Si pudiera repudiaría las manos que la adiestraron.

—Esta conspiración requiere influencia —observó Scytale.

—Somos más que conspiradores —replicó la reverenda madre.

—Ah, sí —asintió Scytale—. Somos decididos y aprendemos deprisa. Eso nos convierte en la única esperanza y los verdaderos salvadores de la humanidad. —Empleó el modo de convicción absoluta, algo que viniendo de un tleilaxu era quizá el colmo de la ironía.

Solo la reverenda madre pareció percatarse de aquella sutileza.

—¿Por qué? —preguntó, dirigiéndose a Scytale.

Antes de que el danzarín rostro tuviera ocasión de contestar, Edric se aclaró la garganta y dijo:

—No intercambiamos disparates filosóficos. Todas las preguntas se reducen a una: ¿por qué existe todo? Todas las preguntas religiosas, empresariales y gubernamentales se aglutinan en una sola: ¿quién ejerce el poder? Las alianzas, las coaliciones y los complejos persiguen espejismos a menos que ambicionen el poder. Todo lo demás son tonterías, como acaban comprendiendo la mayoría de los seres pensantes.

Scytale se encogió de hombros, un gesto dirigido exclusivamente a la reverenda madre. Edric había contestado a la pregunta que esta le había formulado. Aquel necio dogmático era su mayor debilidad. Para asegurarse de que la reverenda madre lo entendiera, Scytale añadió:

—Para aprender hay que escuchar atentamente al profesor.

La reverenda madre asintió lentamente.

—Princesa —dijo Edric—, decidíos. Habéis sido escogida como instrumento del destino, la mejor...

—Guárdate los halagos para quienes se dejen influenciar por ellos —lo interrumpió Irulan—. Antes mencionasteis a un fantasma, un espectro con el que podemos contaminar al emperador. Explicadme eso.

—¡El Atreides se derrotará a sí mismo! —chilló Edric.

—¡Deja de hablar con acertijos! —le espetó Irulan—. ¿Qué es ese fantasma?

—Es un fantasma muy especial —explicó Edric—. Tiene cuerpo y nombre. El cuerpo... es la carne de un famoso espadachín conocido como Duncan Idaho. El nombre...

—Idaho está muerto —repuso Irulan—. Paul ha llorado su pérdida en mi presencia muchas veces. Lo vio caer ante los sardaukar de mi padre.

—Los sardaukar de tu padre fueron sabios hasta en la derrota —dijo Edric—. Supongamos que un sabio comandante sardaukar reconoció el cadáver del espadachín al que habían abatido sus hombres. ¿Qué pasa entonces? La carne y el adiestramiento pueden usarse... si se actúa deprisa.

—Un gholá tleilaxu —musitó Irulan, mirando de soslayo a Scytale.

Al percatarse de su atención, Scytale puso en práctica sus habilidades de danzarín rostro; una forma se fundió con otra, la carne se desplazó y se reajustó. Al momento había un hombre más esbelto delante de ella. La cara seguía siendo un tanto redonda, pero ahora era más morena y las facciones se habían achatado ligeramente. Los pómulos altos formaban las cuencas de unos ojos con pliegues definitivamente epicánticos. El cabello era negro y desordenado.

—Un gholá con ese aspecto —dijo Edric, señalando a Scytale.

—¿No será simplemente otro danzarín rostro? —preguntó Irulan.

—No es ningún danzarín rostro —afirmó Edric—. Un danzarín rostro corre el riesgo de que lo descubran mediante una observación prolongada. No; supongamos que nuestro sabio comandante sardaukar destinó el cadáver de Idaho a los tanques *axoltl*. ¿Por qué no? El cuerpo albergaba la carne y los nervios de uno de los mejores espadachines de la historia, un consejero de los Atreides y un genio militar. Habría sido un desperdicio perder tanto adiestramiento y tantas habilidades pudiendo revivirlo para que instruyera a los sardaukar.

—No he oído ni una palabra de eso y yo era uno de los confidentes de mi padre —dijo Irulan.

—Ah, pero tu padre era un hombre derrotado y a las pocas horas os había vendido al nuevo emperador —repuso Edric.

—¿Lo habéis hecho? —quiso saber ella.

Edric prosiguió con un exasperante aire de complacencia:

—Supongamos ahora que nuestro sabio comandante sardaukar, consciente del apremio que se imponía, envió inmediatamente la carne preservada de Idaho a la Bene Tleilax. Supongamos además que el comandante y sus hombres murieron antes de transmitirle esta información a tu padre, a quien de todas formas no le habría servido de mucho. Entonces solo nos queda el hecho físico, un poco de carne que habían enviado a los tleilaxu. Solo había una forma de hacerlo, por supuesto: en un crucero. Como es natural, los miembros de la Cofradía estamos al corriente de todos los cargamentos que transportamos. Al enterarnos de este, ¿no habríamos considerado asimismo prudente apoderarnos del gholá como un obsequio digno de un emperador?

—Entonces lo habéis hecho —dijo Irulan.

Scytale, que había retomado la gruesa apariencia del principio, contestó:

—Como dice nuestro retorcido amigo, lo hemos hecho.

—¿Cómo habéis condicionado a Idaho? —preguntó Irulan.

—¿Idaho? —repitió Edric, volviéndose hacia el tleilaxu—. ¿Tú conoces a algún Idaho, Scytale?

—Os vendimos a una criatura llamada Hayt —dijo este.

—Ah sí... Hayt —asintió Edric—. ¿Por que nos lo vendisteis?

—Porque en una ocasión nosotros también engendramos a un kwisatz haderach —contestó Scytale.

Con un brusco movimiento de su anciana cabeza la reverenda madre alzó la vista hacia él.

—¿No nos lo habías dicho! —lo acusó.

—No me lo habíais preguntado —dijo Scytale.

—¿Cómo derrotasteis a vuestro kwisatz haderach? —le preguntó Irulan.

—Una criatura que se ha pasado la vida creando una representación concreta de sí mismo prefiere morir antes que convertirse en la antítesis de dicha representación —explicó Scytale.

—No lo entiendo —aventuró Edric.

—Se suicidó —gruñó la reverenda madre.

—Escúchame bien, reverenda madre —le advirtió Scytale, empleando un modo que indicaba: «No eres un objeto sexual, nunca lo has sido y nunca lo serás».

El tleilaxu esperó a que se percatara del énfasis manifiesto. No debía malinterpretar sus intenciones. A través de la cólera debía abrirse paso la comprensión de que sin duda el tleilaxu no podía formular semejante acusación, pues debía conocer los requisitos de apareamiento de la hermandad. Pero sus palabras encerraban un insulto malintencionado completamente impropio de un tleilaxu.

Al instante Edric trató de limar las asperezas entre ambos, empleando el modo mirabhasa de conciliación.

—Scytale, nos dijiste que nos habíais vendido a Hayt porque estabais de acuerdo con el fin que pensábamos darle.

—Edric, guarda silencio hasta que te dé permiso para hablar —dijo Scytale. Y cuando el emisario de la Cofradía se disponía a protestar la reverenda madre le espetó:

—¡Cállate, Edric!

El emisario se echó hacia atrás en el tanque, presa de una frenética agitación.

—No nos conviene las emociones pasajeras si queremos encontrar la solución de nuestro problema común —prosiguió Scytale—. Nublan la razón, pues la única emoción que importa es el miedo básico que nos ha traído a esta reunión.

—Lo comprendemos —dijo Irulan, observando a la reverenda madre.

—Debéis comprender las peligrosas limitaciones de nuestro escudo —añadió Scytale—. El oráculo no puede descubrir aquello que no comprende.

—Eres retorcido, Scytale —observó Irulan.

No debe averiguar hasta qué punto, pensó Scytale. Cuando esto acabe, nosotros tendremos un kwisatz haderach al que podremos controlar. Los demás no tendrán nada.

—¿Cuál fue el origen de vuestro kwisatz haderach? —le preguntó la reverenda madre.

—Habíamos experimentado con diversas esencias puras —explicó Scytale—. La bondad pura y la maldad pura. Un villano en estado puro, que solo disfruta causando dolor y miedo, puede ser muy instructivo.

—El viejo barón Harkonnen, el abuelo de nuestro emperador, ¿fue una creación de los tleilaxu? —le preguntó Irulan.

—No —dijo Scytale—. Pero a menudo la naturaleza produce creaciones tan mortíferas como las nuestras. Nosotros simplemente las producimos en unas condiciones determinadas para poder estudiarlas.

—¡Me niego a que me ignoren y me traten de esta manera! —protestó Edric—. ¿Quién es el que está ocultando esta reunión de...?

—¿Lo ves? —lo interrumpió Scytale—. ¿De quién es el juicio más acertado que nos oculta? ¿Qué juicio?

—Quiero que discutamos la forma de entregárselo al emperador —insistió Edric—. Según tengo entendido, Hayt es un reflejo de los antiguos principios morales que le inculcaron al Atreides en su planeta natal. Se supone que contribuirá a que el emperador desarrolle su naturaleza moral y determine los elementos positivos y negativos de la vida y la religión.

Scytale sonrió, observando a sus compañeros con una expresión benévola. Eran exactamente como había esperado. La vieja reverenda madre blandía sus emociones como una guadaña.

Irulan había sido bien adiestrada para una tarea en la que había fracasado; era una creación imperfecta de la Bene Gesserit. Y Edric no era más (ni menos) que la mano de un mago: ocultaba y distraía. Por el momento se había sumido en un silencio taciturno mientras los demás lo ignoraban.

—¿He de entender que ese tal Hayt se propone envenenar la psique de Paul? —preguntó Irulan.

—Más o menos —admitió Scytale.

—¿Y qué pasa con el quizarato? —se interesó ella.

—Solo hace falta un insignificante cambio en el énfasis, un movimiento fluido de las emociones, para transformar la envidia en enemistad —contestó Scytale.

—¿Y la CHOAM? —insistió Irulan.

—Le interesan los beneficios —afirmó Scytale.

—¿Y los demás grupos de poder?

—Invocaremos el nombre del gobierno —dijo Scytale—. Nos anexionaremos a los menos poderosos en el nombre de la moralidad y el progreso. La oposición morirá víctima de sus propias intrigas.

—¿Alia también?

—Hayt es un ghola que obedece a varios propósitos —dijo Scytale—. La hermana del emperador está en una edad en la que puede distraerse fácilmente con un varón apuesto diseñado con ese fin. Se sentirá atraída por su virilidad y sus habilidades como mentat.

Los viejos ojos de Mohiam se dilataron a causa de la sorpresa.

—¿El ghola es un mentat? Es un movimiento peligroso.

—Para ser preciso —señaló Irulan—, un mentat debe poseer información precisa. ¿Y si Paul le pide que defina la intención que hay detrás de nuestro regalo?

—Hayt le dirá la verdad —contestó Scytale—. Eso no cambia nada.

—De ese modo le dejas una puerta abierta a Paul —observó Irulan.

—¡Un mentat! —musitó Mohiam.

Scytale miró a la vieja reverenda madre y comprobó que los antiguos odios teñían sus declaraciones. Desde la época de la yihad butleriana, en la que las «máquinas pensantes» habían desaparecido de casi todo del universo, los ordenadores inspiraban desconfianza. Las antiguas emociones también se aplicaban a los ordenadores humanos.

—No me gusta cómo sonríes —le dijo abruptamente Mohiam, empleando el modo de franqueza, al tiempo que lo fulminaba con la mirada.

Scytale repuso en el mismo modo:

—Y a mí no me importa lo que te guste. Pero tenemos que trabajar juntos. Todos hemos de entenderlo. —Miró al emisario de la Cofradía—. ¿No es cierto, Edric?

—Impartes lecciones dolorosas —admitió Edric—. Supongo que querías dejar claro que no debo oponerme al juicio combinado de los demás conspiradores.

—Como veis, es posible enseñarle —dijo Scytale.

—También veo otras cosas —gruñó Edric—. El Atreides posee el monopolio de la especia. Sin ella yo no puedo explorar el futuro y las Bene Gesserit pierden el sentido de la verdad. Tenemos reservas, pero son finitas. La melange es una poderosa moneda de cambio.

—En nuestra civilización existe más de una moneda —dijo Scytale—. Así pues, la ley de la oferta y la demanda no se aplica.

—Te propones arrebatarse el secreto —murmuró Mohiam—. ¡Aunque el planeta esté custodiado por esos lunáticos fremen!

—Los fremen son civilizados, educados e ignorantes —repuso Scytale—. Pero no están locos. Están adiestrados para creer, no para saber. Las creencias se pueden manipular. Tan solo el conocimiento es peligroso.

—Pero ¿me quedará algo para engendrar una dinastía real? —preguntó Irulan.

Todos se percataron del tono de implicación, pero solo Edric sonrió al percibirlo.

—Algo —asintió Scytale—. Algo.

—Esto significa el fin de este Atreides como potencia gobernante —afirmó Edric—. Supongo que otros oráculos menos dotados habrán hecho la misma predicción —comentó Scytale—. Para ellos, *mektub al mellah*, como dicen los fremen.

—Estaba escrito con sal —tradujo Irulan.

Mientras hablaba, Scytale cayó en la cuenta de lo que le había presentado la Bene Gesserit: una hembra hermosa e inteligente que jamás podría ser suya. *Ah, bueno, pensó, quizá la copie para otro.*